

REFLEXIONES PARA EL 17º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO ~ 24 de julio de 2022 El Monte ~ La Residencia de Littledale

"El día que te llamé, me respondiste" (Sal 138,3) - estas palabras del Salmo 138 son la piedra de toque de las lecturas de la Liturgia de la Palabra de hoy. Dos hilos se entretrejen en las lecturas que hablan de la oración: la escucha y la relación.



Antes de comenzar nuestras reflexiones sobre la oración, recordemos que, aunque hay muchos nombres e imágenes de Dios en el Antiguo Testamento, dos imágenes son las más comunes. Cuando vemos el nombre "Dios", la imagen suele ser la de un Dios poderoso, que todo lo ve y todo lo sabe. Al leer el relato de la creación en el primer capítulo del Génesis, vemos que este Dios crea los cielos y la tierra simplemente con una palabra. Esta es la imagen del Dios que llama al profeta Isaías, un Dios cuya orla llena todo el templo de Jerusalén (Is 6,1). La segunda imagen aparece cuando se utiliza el nombre "el Señor Dios" o "el Señor". El Señor Dios se parece mucho a uno de nosotros: este Dios se turba, olvida, llora y se esfuerza por tomar una decisión. En el relato de la creación del segundo capítulo del Génesis, el Señor Dios que crea la tierra y los cielos lo hace paso a paso y, cuando termina, se toma un descanso paseando "por el jardín a la hora de la brisa de la tarde" (Gn 3,8). Esta es la imagen del Dios que llama al profeta Jeremías en una conversación tranquila y reconfortante (Jer1,4-7). No cabe duda de que, en nuestra primera lectura de hoy, es la segunda imagen de Dios la que está presente.

El Señor ha vuelto a la tierra para asegurarse de que las dos ciudades de Sodoma y Gomorra son tan pecadoras como se las acusa. Abraham, que no reside en ninguna de las dos ciudades, se presenta ante el Señor, atreviéndose a acercarse y atreviéndose a desafiar lo que el Señor va a hacer. En efecto, hace que el Señor se replantee lo que piensa hacer. Abraham le pregunta al Señor si éste va a destruir la ciudad aunque todavía vivan allí cincuenta justos, argumentando que el Señor, que lo ha elegido, no actuaría ciertamente de esa manera: "¡Lejos de ti hacer tal cosa, matar al justo con el impío, para que el justo muera como el impío! Lejos de ti". (Génesis 18,25). El Señor responde: "Si encuentro en Sodoma cincuenta justos en la ciudad, perdonaré a todo el lugar por ellos". La maravillosa conversación entre el Señor y Abraham continúa con Abraham haciendo la misma pregunta por cuarenta y cinco, cuarenta, treinta y cinco, treinta, veinte y finalmente diez justos, y cada vez el Señor responde que, "por el bien de..., no la destruiré".

Hay varias sorpresas en este relato. En primer lugar, Abraham elige abogar por dos ciudades que son pecadoras y negocia directamente con el Señor, abogando por el bien de unos pocos residentes que son buenos. Se trata de un profundo ejemplo de justicia social del que el Sínodo de los Obispos escribió en 1971: "La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio". El Señor participa en la negociación, viendo cada vez la razón en lo que Abraham suplica. Este Señor es uno que se preocupa lo suficiente como para discernir primero la verdad de lo que ocurre y luego escucha y se convence de los argumentos de Abraham.



Abraham ve a Sodoma en llamas
James Tissot

El hecho de que Abraham convenciera al Señor de salvar la ciudad aunque sólo unos pocos de sus habitantes fueran justos es también una lección para nosotros a la hora de comprender la sagrada comunión de toda la creación. En esa comunión, el bien que hacemos, aunque

pensemos que es muy poco (como los cincuenta o cuarenta o diez justos que viven en una ciudad muy grande), marca la diferencia. Nuestra suave sonrisa para alguien que está solo, nuestra aceptación del sufrimiento, nuestra simple nota enviada para expresar gratitud, nuestro tiempo para ayudar a otra persona incluso cuando nos sentimos cansados, nuestra



elección de poner la necesidad de otro por delante de nuestra propia necesidad, nuestra conexión silenciosa con una hermosa margarita o la mirada de admiración a la luna llena, nuestro ministerio en Puerto Eten o Huarmey o El Lugar de Encuentro o el Hogar de la Misericordia de San Patricio o St. Patrick's Mercy Home o St. Clare's, nuestra aceptación de tareas de liderazgo en nombre de las Hermanas, nuestro tiempo en la contemplación silenciosa, nuestra unión en la contemplación global a través de Zoom - aparentemente pequeños regalos que todos aportan energía y esperanza en esa comunión sagrada. Cada bien que hacemos fortalece la comunión de toda la creación a la que hemos sido llamados por nuestro Dios, nos ayuda a vivir nuestro papel de co-creadores de un mundo mejor, más justo y más pacífico. En el Salmo 138, el salmista recuerda a Dios esta comunión de toda la creación que nuestro Dios ha creado con misericordia y amor, desafiando a Dios como Abraham: "No abandones la obra de tus manos" (Sal 138,8).

La oración consiste en hablar y escuchar, no sólo en oír, sino en escuchar de verdad. Dios escucha: a Abraham y al salmista. La maravilla de la oración es que Dios nos pide que hablemos y nos pide que escuchemos como Dios escucha. Un escritor espiritual dice: "Escuchar es una elección, algo que requiere atención, una acción que requiere que demos sentido a los sonidos, a las palabras, que reverberan en nuestras mentes y corazones". Escuchar exige silencio y atención y el deseo de conocer realmente lo que hay en el corazón del otro. Estamos invitados a escuchar como Dios escucha. La poeta [Mary Oliver](#) describe la oración en este sencillo poema:

No tiene que ser
el lirio azul, puede ser
maleza en un terreno baldío, o unas cuantas
pequeñas piedras; simplemente
prestar atención, luego juntar
algunas palabras y no intentes
elaborarlas, esto no es
un concurso, sino la puerta de entrada
hacia el agradecimiento, y un silencio en el que
otra voz puede hablar.



En el Evangelio, los discípulos le piden a Jesús: "enséñanos a orar" (Lc 11,11). La respuesta de Jesús debió sorprenderles. Les da las palabras de una sencilla oración que hoy conocemos como el "Padre Nuestro". Es una oración que casi todos los cristianos rezan al

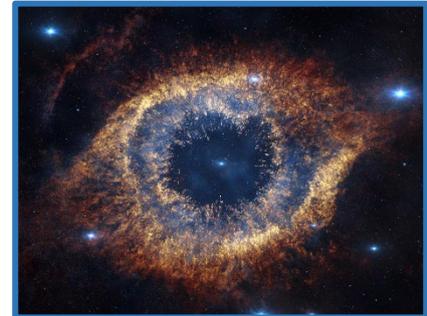


menos una vez al día. La versión de Lucas de esta oración es más corta que la de Mateo (en la que se basa nuestra versión actual). El comienzo de la oración, "Padre nuestro", deja muy claro que toda oración es relación, nuestra relación íntima como individuos y como comunidad con nuestro Dios, una relación enseñada a Jesús por su tradición judía y enseñada a nosotros por Jesús. En el Evangelio de Marcos, Jesús clama en su agonía en el huerto: "Abba, Padre, para ti todo es posible; aparta de mí este cáliz; pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres" (Mc 14,36). En Romanos y en Gálatas, Pablo nos consuela con la seguridad de que Dios ha enviado el Espíritu del Hijo a nuestros corazones, gritando: "¡Abba! Padre!" (Rom 8,15,

Gal 4,6). "Abba" es la íntima y entrañable palabra aramea que se traduce como "Daddy" en inglés o "Papá" en español.

El maestro sufí, [Neil Douglas-Klotz](#), nos ayuda a recontar esta oración de Jesús en el contexto de nuestra nueva comprensión de la cosmología:

¡Oh, Birther! Padre-Madre del Cosmos
Enfoca tu luz dentro de nosotros - hazla útil.
Crea tu reino de unidad ahora -
a través de nuestros corazones ardientes
y nuestras manos dispuestas.
Ayúdanos a amar más allá de nuestros ideales
y haz brotar actos de compasión por todas las criaturas.
Anima la tierra dentro de nosotros:
sintamos la Sabiduría que hay debajo apoyando a todos.
Desenreda los nudos interiores
para que podamos reparar los sencillos lazos de nuestros corazones.
No dejes que las cosas superficiales nos engañen
pero libéranos de lo que nos retiene de nuestro verdadero propósito.
De ti, el fuego asombroso,
devuelve la luz y el sonido al cosmos. Amén.



Nebulosa de la Hélice
Ojo de Dios
Telescopio espacial
Hubble

Como parte de su respuesta a la pregunta de los discípulos, "enséñanos a rezar", Jesús cuenta las parábolas del vecino que pide pan a altas horas de la noche (la sabiduría de la persistencia) y del niño que pide un pescado a su padre. Luego nos da las palabras alentadoras y reconfortantes: "Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá la puerta. Porque todo el que pide recibe, y todo el que busca encuentra, y a todo el que llama se le abre la puerta" (Lc 11,9-10). En esta conversación entre Dios y yo (o entre Dios y nosotros), se espera que participemos, como nos muestran Abraham y Jesús. Pedimos, buscamos, llamamos, mostramos a Dios nuestro corazón. Dios escucha no sólo lo que decimos, sino lo que no siempre podemos expresar. Dios escucha nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras esperanzas y nuestros miedos, nuestros sueños y nuestros lamentos. Dios escucha.

La Hermana Australiana de la Misericordia, [Mary Wickham](#), nos ha dado una imagen profunda y poética de esta relación entre Dios y nosotros con su poema "La Puerta de la Misericordia":

La Puerta de la Misericordia tiene doble bisagra,
que se abre hacia adentro y hacia afuera,
robusta, pero fácil de mover.
Mi amigo dice: Sólo tienes que llamar una vez,
y sólo tienes que llamar ligeramente.

La Puerta de la Misericordia descansa en el umbral de la
necesidad.
Su única llave es la bondad, que siempre está en la cerradura.
La fidelidad es su dintel,
la esperanza y la curación son las sólidas jambas a ambos lados.

La Puerta de la Misericordia podría ser espléndidamente roja,
puede ser de un marrón discreto.
Habrá que manipularla con cuidado
y sus herrajes son de origen local.

La mayoría de las veces la Puerta de la Misericordia está entreabierta.



En espíritu y en carne cruzas su umbral cada día,
a menudo sin darte cuenta, pero a veces,
y cada vez más, sorprendido por su potente familiaridad.
El olor de la comida del hogar sale,
la sangre de las heridas de la tierra fluye hacia dentro.

No es evidente de inmediato
cuál es el lado de la Puerta de la Misericordia,
ya que se intercambian con fluidez,
el dolor y la promesa están grabados con nitidez en ambos.
La bendición es para todos los que van y vienen, se quedan y vuelven,
el que ayuda y el que es ayudado, todos pertenecen, cada uno otorga.

Mi amigo dice: Sólo tienes que llamar una vez,
y sólo hay que llamar ligeramente.
El Dios de la Misericordia, cuya puerta es,
siempre está en casa.

Durante esta semana, elige una frase de este poema-oración para guardarla en tu corazón
y en tu espíritu. Deja que la frase te guíe en una conversación con tu Dios, marcada por las
palabras y el silencio.

Concluimos nuestras reflexiones sobre la oración tal y como se desarrolla en las lecturas de
hoy con las lecciones de una araña. [Steve Garnaas-Holmes](#) nos ayuda a aprender de esta
insólita maestra:

Araña, enséñame a rezar:
feliz con el lugar donde trabajas,
arbusto florecido o tapacubos oxidado;
el primer salto de aquí a allá,
esa conexión repentinamente posible,
repetida y ampliada,
el pequeño nudo de la esperanza, ampliado,
ampliado, estratificado
en la arquitectura de la paciencia,
las rondas siempre en expansión
más como una ventana que como una puerta,
la delgadez de sus líneas,
sin embargo, cómo sostienen el rocío de la mañana
y se encogen de hombros frente a los vientos desgarradores. Enséñame
la gracia de no quedar atrapado
en tu propia red,
sin pensar ni mirar
cómo tus pequeños pies trabajan en las cuerdas flojas
en tus piernas tan delgadas,
bueno, tan delgadas como la oración.
Y luego la espera, tan quieta
la espera quieta, quieta, esperando
al pequeño bicho de Dios.



Oh Dios, te damos gracias por tu amor y tu fidelidad. Oh Dios, damos gracias por tu corazón
que escucha. Oh Dios, te damos gracias porque no abandonas la obra de tus manos.